

*Donde en pocas páginas se escriben largas horas  
de zozobra*

Raquel MARTÍNEZ DOMÍNGUEZ  
Facultad de Bellas Artes. UCM

Telarañas ...  
cuelgan de mis sienes.  
arrancando una a una.  
pestañas de mis párpados.

Gravedad hastiada,  
Veladora de la realidad postrera.  
¿Dónde está el hombre?  
Oculto, tras el antifaz,  
en oropel bañado de la felicidad.

A mi alrededor busco:  
Soy engranaje, minúsculo y grasiento,  
de este inmenso reloj ...  
mundo.

Espumarajos ...  
gotean de mis labios.  
Ira en mi garganta.  
exhausta de aullar al vacío.  
agotada de arrancarme quejidos.  
que nunca serán comprendidos.

La vida está sorda.  
a las súplicas del humano.

Lágrimas brotan de mis manos arañadas,  
por las espinas camufladas de la pasión,

frías, heladas ...  
como bilis que recorre mis venas,  
inerte, cristalizada ...  
linfa blanca de sal.  
como polvo de luna llena.

Sangre se derrama por mi vientre.  
que late cual tierno corazón.  
recién arrancado,  
que prefiere reventar.  
antes que alumbrarte a este infierno.  
Niño azul ...

El grifo de la fe se agota en mi cuarto de baño. En realidad, nunca funcionó bien, solamente llegó a gotear ínfimamente, dándome la posibilidad de probar ese bien maravilloso del cual gozan en otros hogares.

Es un don. La fe es un don que envidio. Es duro reconocer que la vida empieza y se acaba. Simplemente. Sin reencarnaciones, sin cielos, sin infiernos.

Pero no está todo perdido. Tenemos la vida, esa gran oportunidad de existir. Veo que dentro de esa multitud de locos que andamos por el mundo, dentro de ese conjunto de desgraciados que conocen el abismo, que han sentido el vértigo de la nada en las yemas de sus dedos, dentro de todos esos infelices, yo soy afortunada. Y lo soy porque tengo un don: el don del arte. No sé cuál será su forma definitiva, si es palabra, si es piedra o si es tela, pero sé que está conmigo, mi Diosa.

Y veo que el mundo se está desengañando. Y que todo aquello en lo que los hombres creían, se derrumba bajo nuestros pies. Ya lo anunció Nietzsche. Ah, mi querido Friedrich, ¡te debo tanto! Por abrirme los ojos, por ayudarme a ser valiente, a aceptar este gran caos y sobre todo a amarlo, amarlo hasta tal punto que el pecho me duele al tratar de absorber la vida. Por eso suspiro tanto, porque se me ahoga el mundo en la garganta.

Hay quien me llama transmutadora, porque percibe en mí un constante anhelo de cambio. Pero lo que yo creo es que hay algo que ignoramos, algo que se nos escapa y se nos escapará siempre. Algo que está aquí y allí, dentro y fuera de nosotros, arriba y abajo. Es una esencia de vida que late constante y brutalmente por todas partes. Y es a eso a lo que nos tenemos que agarrar, a la vida, mientras dure, pero sin miedo a la muerte ya que no es posible la una sin la otra. La muerte también es bella y alegre como dice Blas:

«¿Cómo podríamos respirar y vivir.  
si el espacio no estuviese.  
lleno de alegría y amor?  
De la alegría nacen todos los seres.  
A través de la alegría son mantenidos.  
Y con alegría desaparecen.  
Cuando nos abandonan».  
¿Cómo podríamos reposar y morir,  
si la muerte no fuese otro modo de amor y de alegría?».

BLAS DE OTERO.  
(*Ancia*).

Perdóname Blas, por robarte esta poesía pero no podría expresarlo mejor.  
Los niños ...

Son los seres humanos más viejos,

Ya que vienen de la nada, los más sabios, los que se ríen de todo porque todo es irónico y relativo en esta vida. Por ello no nos hablan, porque saben que no estamos preparados para afrontarlo. Pero aquel que sabe comunicarse con los niños, que sabe leer en sus ojos, que interpreta sus pinturas y sus sueños, sabe que hay algo más allá del espacio y del tiempo ... la nada maravillosa, caótica, pacífica ... pacífica en su caos y caótica en su paz.

Es la vuelta al vientre materno, al mar. El mar debe ser y es nuestro puente hacia la nada como la placenta es el puente de la nada a la vida. Por ello respetamos e incluso tememos tanto al mar.

Lo maravilloso de concebir está ahí, en atraer a alguien desde la nada, atraerle y arrojarle a la vida.

Toda creación es un placer, dar vida. Tal vez, durante todo este tiempo que nos precede, la mayoría de los creadores han sido hombres porque no podían crear de otra manera, no podían atraer a otro ser de la nada. Las mujeres no podemos compartir el don de la procreación pero sí podemos apuntarnos y desarrollar el don de la creación artística y por ello lo hacemos.

Y conseguiremos captar mejor que nadie la vida, que nos pertenece, y la nada que se halla en nosotras más que en los hombres.

Ese es el gran misterio de la mujer ... vida y abismo.

¿Y que lugar ocupa el arte, motivo de este encuentro, en todo esto?

El arte en sí es la madre de la creación, cualquier tipo de creación, es la estructura que soporta la vida; la única que nos brinda la oportunidad de que una parte de nosotros viva eternamente.

Aquellos hombre, primitivos, bárbaros, medievales o renacentistas, para ellos el arte era un gran medio de expresión. Pero de expresión colectiva de su sentimiento religioso, era una muestra de su esclavitud. Pero ahora somos más libres que nunca de esos fantasmas. Estamos solos ante la vida, y el arte es ahora nuestra forma de expresión, la de cada uno, la de cada Yo.

¡Volvamos al modo del arte griego como expresión de la percepción que el artista tiene del mundo! ... Su percepción del caos, y la belleza que este implica.. Porque el caos es belleza, el caos se agita en cada mirada, en cada gesto, en todo lo que el hombre acaricia. Y ahí está el equilibrio del mundo, entre el caos que emana el ser humano y la paz y perfección de la naturaleza.

¿Qué es el arte? Se preguntan muchos intentando descifrar el enigma. Todos buscan una respuesta perfectamente definitiva, pedagógica, que convierta el Arte en algo clasificable.

¿Por qué ha de ser algo palpable, algo definible? El arte es sentimiento, es un impulso que nace en el estómago y arrasa los tejidos de todos los órganos, hasta que finalmente consigue hallar una salida, ya sea por las manos en forma de palabra y pintura, ya sea por los ojos en forma de mirada, o a través de una cámara, o simplemente por todos los poros de la piel, a la hora del amor.

El arte es vida, ; es lucha, es sexo, es amor, es miedo ... es solo sentimiento.

Tal vez, algún día, caiga como todos en la vulgaridad de descuartizar el arte, dividirlo, diseccionarlo y tratar de explicar cada uno de sus misterios, pero de momento no puedo ni quiero hacerlo. Prefiero sólo sentirlo. Ya tendré tiempo de racionalizarlo si es necesario.

De momento se trata en mí sólo de un impulso visceral y animal que no acaba de encontrar la entrada (o salida) de su cueva. No he visto la luz pero la puedo oler.

Buscamos la belleza en el arte. Tal vez, aunque hay quien busca una terapia, una salvación, una vía que le permita gritar, gritar silenciosamente al vacío, al abismo que se nos acerca, que nos acecha, como una hélice vertiginosa.

El mundo está sordo a las súplicas del humano.

Es irónico, sí, pensar en la humanidad como un conjunto de seres diminutos que deambulan sobre un cuerpo mas o menos esférico, guiándose unos a otros, descubriéndose, conquistándose, peleándose, matándose, amándose

... .

Insignificantes. Somos insignificantes. Nacemos para morir. Y en el camino tratamos de ser felices, de satisfacernos, de encontrar el amor y el

placer que este nos produce. De vez en cuando hacemos intentos de entrar en contacto con cuerpos cercanos a nuestra Tierra y creemos haber conquistado un gran abismo. Pero dentro de todo ese sin sentido y esa insignificancia hay algo que no busca nada, algo que es para sí mismo y por sí mismo: y es el arte, causa y efecto de su propia existencia.

El arte ...

Es duro encontrarse con el reflejo de uno mismo cuando se están teniendo esta clase de pensamientos. Es como asomarse al vacío, a la nada, nada, nada ...

Nada ... no hay nada que merezca la pena, salvo el arte ... el arte de componer, de pintar, de bailar, de interpretar ...

El gran Arte de Amar. Todos ellos buscan el placer, el placer de la expresión, el placer de salir de nosotros mismos hacia la nada. La nada nos atrae, nos domina y finalmente nos vence. Por eso la tememos, pero está ahí. Hay que amar la nada: nuestra madre y verduga.